

¿Qué pagaré a Jehová?

J. N. Armstrong

En pleno centro de la ciudad de Sidney, Australia, abrigado por los altos edificios, no lejos de la bahía, se encuentra un impresionante monumento que conmemora el primer servicio religioso que celebraron los inmigrantes ingleses en ese país.

Recreamentalmente la escena: La primera barcada de colonizadores —la mayoría antiguos presidiarios y esclavos— llegó a lo que hoy se conoce como la Bahía de Sidney el 26 de enero de 1788. Una tosca colonia se estableció. El 3 de febrero se dirigieron tierra adentro, y levantaron apresuradamente un refugio. Muchos habían muerto en el viaje; los sobrevivientes tenían pocas o ningunas posesiones. Alrededor de ellos todo era tierra virgen, habitada por un pueblo esquivo y salvaje.

A la hora convenida, el capellán Richard Johnson se puso de pie para hablar al grupo. ¿Cuál habría sido un texto apropiado para la ocasión? ¿Qué le parece Job 5.7: «[...] Como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción»? El Salmo 13.1 parece adecuado: «¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?». El señor Johnson no escogió ningún pasaje como los anteriores. Más bien, el texto que usó fue Salmos 116.12: «¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?». Esta gente tenía pocas posesiones; pero estaban vivos y eran libres, y había promesa de un futuro. Estaban agradecidos por lo que tenían.

Aparte su mirada de aquella reunión de antaño para dirigirla hacia un servicio de adoración de hoy día. Estamos rodeados de amigos y de seres queridos, de hermanos y de hermanas en Cristo. No somos esclavos, sino libres; la mayoría de nosotros somos libres en cuanto a lo político, pero

todos los que son cristianos lo son en cuanto a lo espiritual. Hemos sido bendecidos abundantemente por el Señor. Es, por lo tanto, doblemente apropiado que nos preguntemos: «¿Qué [pagaremos] a Jehová por todos sus beneficios para [con nosotros]?».

TODOS SUS BENEFICIOS PARA CON NOSOTROS

Comencemos por reconocer «sus beneficios para [con nosotros]». De vez en cuando, necesitamos hacer un recuento de nuestras bendiciones.

Sus beneficios espirituales

Están, ante todo, Sus beneficios espirituales para con nosotros. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (Efesios 1.3).

El don más grande que Él nos ha dado ha sido el don de *Su Hijo*. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3.16). Yo tengo tres hijas, pero no creo que me gustaría dar ni siquiera una de ellas por la humanidad. Dios sólo tenía un Hijo, y Él lo dio por nosotros. «¡Gracias a Dios por su don inefable!» (2ª Corintios 9.15).

Otro magnífico don es *la Biblia*. La Biblia es la completa y final revelación de Dios. «[...] Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder [...]» (2ª Pedro 1.3). La Biblia nos perfecciona para estar a la altura del llamado a hacer toda buena obra (2ª Timoteo 3.17). Somos seres que adoramos, y la Biblia nos enseña cómo adorar (Juan 4.24). Somos personas pecadoras, y la Biblia nos dice cómo podemos ser

salvos (Marcos 16.15–16). Somos criaturas que sufrimos, y la Biblia nos da a conocer al Médico por Excelencia (Mateo 9.12). Cuando estamos desanimados, la Biblia presenta un mensaje de ánimo. Cuando estamos débiles, nos proporciona fortaleza. Cuando estamos felices, nos complementa nuestro gozo. Cuando estamos desesperados, nos da esperanza. Cuando estamos muriendo, nos promete vida por la gracia de Dios.

Luego está el don de *la salvación*, un don que abarca tanto. «Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6.23).

Relacionado con el don de la salvación está el don de *la iglesia*: la iglesia que vino del cielo (Efesios 3.10–11), que fue comprada con sangre (Hechos 20.28), que fue llena de espíritu (Efesios 2.22) y que fue destinada para la gloria (1^{era} Corintios 15.23–26). La iglesia es una familia espiritual, en la cual tenemos a Dios como nuestro Padre (1^{era} Timoteo 3.15). Es el reino del cual Cristo es Rey (Mateo 16.18–19). Es la viña en la cual trabajamos (Mateo 20.1). Es el ejército de Dios en el cual peleamos por el Señor (1^{era} Timoteo 6.12). Es el templo de Dios en el cual adoramos a Él (Efesios 2.21). Es el «arca de seguridad»¹ y «la ciudad de refugio»² en la cual encontramos protección y salvación (vea Efesios 2.16; Hechos 20.28).

A todo lo anterior, podemos agregar el don de «*Sus preciosas y grandísimas promesas*» (2^a Pedro 1.4; énfasis nuestro). ¿Cuál es su promesa favorita de la Biblia? He aquí algunas de las mías:

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados (Romanos 8.28).

Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4.6–7).

[...] Porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre (Hebreos 13.5–6).

[...] Echando toda vuestra ansiedad sobre él,

¹ En los tiempos de Noé, los que estaban en el arca sobrevivieron al diluvio, pero no así los que estaban fuera.

² Dios proporcionó ciudades de refugio en la Tierra de Promisión, ciudades a las cuales podían huir los hombres en busca de protección (Números 35).

porque él tiene cuidado de vosotros (1^{era} Pedro 5.7).

Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado (1^{era} Juan 1.7).

Por último, esperamos con ansia el don del *cielo*. ¡En ese maravilloso lugar «enjugará Dios toda lágrima de [nuestros] ojos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Apocalipsis 21.4)!

Sus beneficios materiales

Las provisiones espirituales de Dios son maravillosas. Sin embargo, no deben pasarse por alto Sus beneficios materiales para con nosotros.

Nos ha dado *familias*: nuestros cónyuges y nuestros hijos. «Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas» (Proverbios 31.10). «[...] De Jehová [es] la mujer prudente» (Proverbios 19.14). «He aquí, herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre» (Salmos 127.3). Alguien ha dicho que un hogar cristiano es la flor de la cual el cielo es fruto.

Dios nos da *lo necesario para la vida*. En el Sermón del Monte, Jesús hizo énfasis en que Dios nos da «el pan nuestro de cada día» (Mateo 6.11). Él provee para «las aves del cielo» y para nosotros (Mateo 6.26). Jesús prometió que si buscamos «primeramente Su reino y su justicia» nos será dado lo necesario para la vida (Mateo 6.33).³

Además, Dios nos ha dado nuestros *cuerpos* y una medida de salud. Es como David dijo: «[Hemos] sido formidable y maravillosamente hechos» (Salmos 139.14; NASB).

Luego, está la provisión que hace Dios de *paz y de libertad*. En 1^{era} Timoteo 2.1–2, se nos pide que se hagan oraciones «por todos los hombres [...] y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad». Los cristianos de muchos países del mundo están bendecidos por el sistema político de su gobierno, y pueden así reunirse cada semana para adorar a Dios.

No deberíamos olvidar la provisión que hace Dios de la *belleza*. Nos rodea la belleza: el sol, la luna y las estrellas; las maravillas de las estaciones; los árboles y las flores; las aves y los animales. Pablo se refirió al «Dios vivo, que hizo el cielo y la

³ En cuanto a la provisión que hace Dios de lo necesario para la vida, vea también Deuteronomio 8.18 y Salmos 37.25.

tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay, [al Dios que] no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones» (Hechos 14.15–17).

¿QUÉ PAGAREMOS, PUES, A JEHOVÁ?

Nuestra gratitud debería hacer que nos preguntemos: «¿Qué [pagaremos] a Jehová por todos sus beneficios para [con nosotros]?». ¿Cómo deberíamos responder a la generosidad del Señor? Imagínese esto: Alguien me regala una hermosa casa, un automóvil nuevo y me deposita una gran suma de dinero en el banco. Luego, un día, esta generosa persona me dice que necesita pasar la noche en mi casa, y me pide que la lleve al aeropuerto al día siguiente. Y yo respondo: «¡No! Usted está pidiendo demasiado. Me parece un exagerado abuso que molesta a mi esposa y a mí. No tengo tiempo. Además, ¡me costaría varios dólares estacionar en el aeropuerto!». Por no decir otra cosa, una respuesta como la anterior me haría lucir como un completo ingrato. ¿No seríamos aún más ingratos si no respondemos positivamente al Señor después que nos ha bendecido tan abundantemente?

Nuestro amor

Tenemos que ofrendarle al Señor nuestro amor. El texto de esta lección se encuentra en Salmos 116. Este salmo comienza con las siguientes palabras: «Amo a Jehová, pues ha oído mi voz y mis súplicas» (vers.º 1). El Nuevo Testamento lo expresa en los siguientes términos: «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (1^{era} Juan 4.19).

El amor está en el primer lugar de nuestra lista, porque el amor produce otras respuestas positivas. Cuando un hombre ama a su esposa, la mayoría de «las reglas del matrimonio» se podrán dar por cumplidas. Cuando verdaderamente amamos a Dios, haremos todo cuanto sea necesario para agradarle.

Nuestra gratitud

Tenemos que ofrendarle a Dios nuestra gratitud. Después que el salmista dijo: «¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?» (Salmos 116.12), esto fue lo que dijo algunos versículos más adelante: «Te ofreceré sacrificio de gratitud, e invocaré el nombre del Señor» (vers.º 17; NASB). En el Nuevo Testamento, Pablo escribió: «Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Efesios 5.20).

A menudo omitimos dar gracias. Durante la

Segunda Guerra Mundial, el general George Patton envió a un soldado del Tercer Ejército Estadounidense a un campamento de descanso; soldado que le envió una carta de agradecimiento, a lo cual respondió el general diciendo que había estado en el ejército durante treinta y cinco años, y que esa era la primera nota de gratitud que alguna vez había recibido. Benjamín Franklin dijo: «Del mismo modo que daremos cuenta de cada palabra ociosa, también daremos cuenta de cada silencio ocioso».

Nuestro tiempo

¿Cómo *expresaremos* nuestro amor y agradecimiento? Hagamos nuestra lección tan práctica como sea posible. Debemos ofrecer a Dios nuestro tiempo. Pablo nos instó a lo siguiente: «Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios, sino como sabios, *aprovechando bien el tiempo*, porque los días son malos» (Efesios 5.15–16; énfasis nuestro). Puede que alguno proteste diciendo: «Usted no sabe cuán ocupado paso mi vida. No tengo tiempo para darle al Señor». Suponga que un médico le dijera que debe usted tener una hora de sueño más por día, porque de lo contrario morirá. Suponga que el médico le dijera que tiene que ejercitar sus ojos leyendo treinta minutos al día, porque de lo contrario quedará ciego. Suponga que el maestro le dijera que debe ayudar a su hijo una hora al día en sus estudios, porque de lo contrario reprobará. ¿Encontraría usted el tiempo? ¿Haría usted el tiempo? Busquemos el tiempo —o hagamos el tiempo— para dar al Maestro.

Nuestras habilidades

Ofrendemos a Dios las habilidades que Él nos ha dado. La parábola de los talentos que se encuentra en Mateo 25.14–30 enseña que todos tenemos habilidades dadas por Dios y que deberíamos usarlas para Su gloria. En esa parábola, el hombre que recibió un talento lo enterró. No seamos culpables de enterrar nuestras habilidades en los sepulcros del egoísmo, la indiferencia, el poco entusiasmo, el materialismo y la impiedad.

Nuestro dinero

Deberíamos ofrendarle también nuestras posesiones materiales. En Hechos 2, a los cristianos primitivos se les describió como personas llenas de gozo: «Comían juntos con alegría [...]» (vers.º 46b). Como reconocían sus bendiciones, no lo pensaban dos veces para renunciar a sus posesiones para compartir con «todos según la necesidad de cada

uno» (vers.º 45). Según se narra en 2ª Corintios 8, los cristianos de Macedonia se caracterizaban por «la abundancia de su gozo», gozo que abundaba «en riquezas de su generosidad» (vers.º 2). Es superficial un amor que no nos mueva a usar nuestras posesiones materiales para promover la causa de Dios.

Todo lo nuestro

Hay mucho más que se podría decir. Permítame resumir la respuesta que deberíamos dar, diciendo que deberíamos ofrendar «todo» lo nuestro al Señor (vea Mateo 22.37). Volvamos al texto una última vez. Después de preguntar: «¿Qué pagaré a Jehová?», el autor dijo: «Ahora pagaré mis votos a Jehová» (Salmos 116.14a; vea también vers.º 18a). En otras palabras, estaba diciendo: «Haré todo lo que le he prometido al Señor».

Cuando usted y yo nos hicimos cristianos, nosotros confesamos que Jesús es el Señor (Hechos 8.36–38; Romanos 10.9–10). En esa confesión y en el bautismo que siguió, hicimos entrega de nuestra vida al Señor. En efecto, hicimos voto en el sentido de hacer siempre Su voluntad.

CONCLUSIÓN

Frances E. Havergal escribió:

Mi vida haz que esté
Consagrada a ti, Señor
.....
A Tus pies pondré, mi Dios,
El tesoro de mi amor;
Y yo mismo ya seré
Todo Tuyo, para Ti.⁴

Los beneficios de Dios para con nosotros han sido de lo mejor. ¡Ofrendémosle ahora lo mejor!⁵ ■

⁴ Frances R. Havergal, "Take My Life, and Let It Be" («Mi vida haz que esté»), *Songs of Faith and Praise (Cánticos de fe y de alabanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1996).

⁵ En la preparación de esta lección, me apropié en gran manera de material de Wendell Winkler, "What Shall I Render Unto the Lord for All His Benefits Toward Me?" («¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?»), *Giving With a Purpose, a Promise, and a Performance (La importancia de dar con propósito, con promesa y con desempeño)* (Fort Worth, Tex.: Winkler Publications, 1966), 165–89.